

Kazuyasu Ochiai (coord.),
El mundo maya : Miradas japonesas
(Mérida : UNAM, Coordinación de Humanidades,
Unidad Académica de Ciencias Sociales
y Humanidades, 2006)
250pp. + figuras y cuadros.

Lorenzo Ochoa*

Los propósitos que conlleva la reseña de un libro son variables ; puede ser simplemente descriptiva, puntual y acrítica, como también hacerse con un criterio analítico y crítico, sin que falten las que solamente tengan como propósito dar a conocer el contenido general del texto. Esta última es deseable para determinado tipo de obras que no son resultado de investigaciones especializadas. Por el contrario, en éstas no es fácil sustraerse a dar a conocer algunos aspectos relevantes y apuntar determinadas observaciones que se consideren importantes, ya para destacar, ya para aclarar algunos asuntos del contenido. En cualquier caso, la reseña no debe llevar otra intención que mejorar y enriquecer el trabajo a través de la crítica constructiva y la discusión.

En un volumen como el que me ocupa, estructurado por Kazuyasu Ochiai, que intenta partir de un interés común : la visión que se tiene de una cultura, la maya en este caso, desde la perspectiva de varios autores

extranjeros ajenos a la misma, resulta difícil de reseñar aunque no imposible. Me explico, son visiones distintas originadas por diferentes motivos. De ahí que, de entrada y por su naturaleza, resulte ardua tarea ocuparse de cada uno de los trabajos que conforman el volumen. En el mejor de los casos, considero que primero debo ofrecer una imagen general del mismo, para apuntar las observaciones pertinentes en una segunda parte, toda vez que se trata de dar a conocer el contenido de un libro que por la heterogeneidad de las contribuciones implica un gran reto. En efecto, los trabajos comprenden un amplio espectro, tanto por el tiempo como por el espacio donde ocurren, independientemente de que el tratamiento es de mayor profundidad en unos casos que en otros, sin que por ello desmerezca ninguno. De ahí su interés.

En este volumen, el coordinador logró reunir diez trabajos precedidos de una introducción en la cual se justifica el interés y la necesidad de dar a conocer la visión japonesa en torno a la cultura maya de ayer y de hoy. Aunque todos son resultado de investigaciones originales, varios de ellos habían sido publicados con anterioridad y aquí se recogen con revisiones y modificaciones menores. Una aclaración es necesaria por pertinente: las citas textuales que por necesidad debí entresacar, y puse entrecomillas, si algún autor las juzga descontextualizadas, en ningún caso tuve esa intención.

Voy al contenido. Kazuyasu Ochiai, por razones de ubicación temporal, abrió el volumen con dos trabajos de arqueología, seguidos por uno de lingüística y dos más que caen en los campos de la etnohistoria y la filología. De estos dos últimos, en el primero nos da a conocer la forma como se entendían los espacios geográficos desde el punto de vista cultural y cómo fueron transformados a raíz de la conquista española. El otro, es un trabajo crítico acerca de la concepción de las enfermedades desde la perspectiva maya y no de los interlocutores. En la contribución que sigue, sobresale un tímido enfoque histórico y de etnología relativa al ciclo anual de las fiestas en

Quintana Roo y su relación con el corte de chicle. No dejan de llamar la atención dos investigaciones llevadas a cabo en Guatemala, ambas de muy delicado contenido, por tocar asuntos de carácter político que sólo la habilidad de los autores les permite salir bien librados. Por un lado, ahí está la de la repercusión que tuvieron las elecciones en un municipio guatemalteco en sus diferentes niveles de organización desde la perspectiva de la antropología social, pretexto para dar a conocer el fenómeno migratorio y sus implicaciones político-sociales y económicas. El otro, más delicado aún, aborda el problema de la violencia política en contra de la sociedad civil. Finalmente, atractivos se antojan los dos últimos trabajos; uno relativo al estudio de las organizaciones mayas de Yucatán, un ejercicio sumamente sugerente desde la perspectiva de la antropología aplicada en un fenómeno cultural que se analiza en el marco de la corriente esencialista; el otro, con el cual se cierra el volumen, se desenvuelve en el filo del discurso de la corriente de la antropología constructivista.

En el primer trabajo (“Actuaciones teatrales y poder en las cortes reales de los mayas del Clásico”), con el cual se abre el volumen, Takeshi Inomata aborda un aspecto sumamente resbaladizo, el de las actuaciones teatrales de las cortes de la realeza maya durante el período Clásico (250–900 d.C.). El planteamiento de la existencia de estos valores intangibles lo lleva a cabo a partir de la interpretación de los restos de la cultura material, evidencias plásticas y, a veces, a pie forzado, el estudio de la arquitectura y espacios arquitectónicos de la ciudad de Aquateca y otros lugares, que confronta con el análisis de algunas fuentes escritas. Esta tarea, aunque no parece ser nueva para el autor¹⁾, en buena medida se antoja dificultosa por el peligro de caer en la fantasía, especialmente cuando no se utiliza de manera rigurosa el enfoque de la analogía etnográfica para explicar el fenómeno que se estudia. De esta suerte, Inomata plantea la existencia de las representaciones

teatrales y dancísticas realizadas entre la realeza de los mayas del Clásico. Me parece un esfuerzo loable y sugerente. No obstante, ignoro por qué Inomata no recurrió a una de las obras clásicas de las representaciones mayas, el *Teatro indígena prehispánico (Rabinal Achí)*, publicada en 1955 con prólogo y adaptación de Francisco Monterde²⁾. Asimismo, ahí está el excelente trabajo de René Acuña : *Introducción al estudio del Rabinal Achí*³⁾. Pero también es recomendable el volumen dedicado al *Teatro Náhuatl. Épocas novohispana y moderna* de Fernando Horcasitas⁴⁾, que contiene un capítulo dedicado al teatro en lenguas americanas, en el cual se ocupa en una pequeña parte al teatro “no náhuatl” en México y toca lo referente al caso maya. En fin, sin demeritar este trabajo, de suyo importante, me parece que se podría enriquecer incluyendo éstos y otros trabajos.

Y no voy a dejar para otro momento dedicar unas líneas a la contribución de Kazuo Aoyama (“El estudio de la lítica maya y la organización socioeconómica : dos casos de estudio en Copán y Aguateca”), en el cual exhibe, período por período, el papel que jugó la industria lítica en las ciudades mayas de Copán y Aguateca. La importancia que tiene el estudio de este material en sus contextos y su aplicación en las actividades de la vida cotidiana, a partir de las huellas de uso de los artefactos, le sirven para explicar una parte de la economía de aquellas urbes. Sin embargo, independientemente de la minuciosidad de este estudio y su repercusión en el aspecto económico y político, no es menos interesante mencionar los datos que proporciona en relación con los nexos económicos entre Copán y Teotihuacán. En este aspecto, es interesante conocer lo restringido que aparentemente fue el “comercio” de la obsidiana verde de la segunda de esas urbes, cuyo concurso se ha magnificado y Aoyama parece poner en su justo lugar. En efecto, aunque está presente esta variedad lítica llegada del centro de México, al contrario de la forma como se distribuía la obsidiana llegada de

Ixtepeque, “La importación de artefactos de obsidiana verde no fue sustancial” (p. 39). Lo restringido de su distribución en el valle copaneco “durante el período Clásico Temprano, sugiere que esos artefactos [de obsidiana verde] pueden haber sido mercancías de la élite” (p. 39), evidencia cómo se ha magnificado el papel del comercio de ese material llegado de las minas de Pachuca, Hidalgo, hasta llegar a la subjetividad de las interpretaciones. Pero los resultados de los estudios de Aoyama no sólo se basan en los análisis de las huellas de uso sino, como anoté, en los contextos donde fueron recuperados los artefactos. De ahí que si bien la sugerencia del papel que pudieron jugar “las mujeres de la élite del Clásico maya...en la producción artística y artesanal” (p. 55), esté sujeta a confrontaciones, no puede negarse que se trata de una contribución de primer orden.

Por otra parte, entre los campos más especializados de la cultura maya están, entre otros, los de la epigrafía para las investigaciones de la época prehispánica y las de lingüística de los más de veinte idiomas mayas que aún existen. Del segundo de estos campos, tal vez uno de los menos estudiados en la mayística, se ocupa Yoshiho Yasugi (“El enfoque de agente en los idiomas mayas”), quien llevó a cabo un análisis lingüístico de las figuras gramaticales denominadas de ergatividad y antipasivo en los idiomas mayas a través de varios ejemplos. El autor nos hace ver que si bien la ergatividad es una de las características de los idiomas mayas con “construcciones de antipasivo”, en éstos hay una serie de variantes. De esta suerte se ocupa de estudiar minuciosamente el antipasivo en determinadas lenguas mayas, así como del enfoque de agente en oraciones transitivas en otros idiomas mayas como el yucateco. Aun así, nos dice que en el pocoman “se puede llamar antipasivo por definición” (p. 63), mientras que en quiché, “se demuestra una jerarquía de persona” (ibidem). Un corto estudio de gran profundidad en el análisis lingüístico, que por su desarrollo eminentemente

técnico contrasta con el resto de los trabajos.

En seguida, Tsubasa Okoshi Harada (“*Kax*(monte) y *luum*(tierra) : la transformación de los espacios mayas en el siglo XVI”) nos da a conocer la forma como se transformó la categoría de los espacios mayas como resultado del impacto que conllevó la congregación de pueblos a raíz de la Conquista, como consecuencia de la política ordenada por Tomás López Medel, oidor de la Audiencia de Guatemala. Este estudio es resultado de un detenido análisis de los llamados “Títulos de tierras”, donde Okoshi Harada detectó el uso diferenciado de las voces mayas *luum* y *kax*, en relación con el uso y distribución de los espacios geográficos. Las distintas y sustanciales implicaciones de estas voces, le dan al autor la oportunidad de explicar cómo, la primera, se utilizó para referirse a todo lo que estaba comprendido en un espacio determinado perteneciente a un pueblo: montes, animales, habitantes, instituciones, etc., aun cuando *luum* también está “relacionado con la noción de la tierra ‘patria’ a la cual uno pertenece por nacimiento o por adopción” (p. 90). Por lo tanto, “los mayas no pudieron desligarse de todo lo que esta voz implica, lo cual formaba parte sustancial de su cosmovisión” (p. 91). En cambio, la voz *kax* tiene la “acepción de: ‘monte con árboles, bosque, arboleda o montaña así’...el monte de la milpa que no está sembrado...”; esto es, “el monte con su vegetación, sin incluir, por lo tanto, el pueblo físico ni sus instituciones” (p. 91). De esta manera, Okoshi Harada da cuenta de la profunda transformación de los espacios a causa de la política de congregación, rompiéndose la idea original que implicaba el término *luum*.

Por su parte, Shigeto Yoshida (“Las enfermedades del cuerpo maya y sus síntomas ‘fisiológicos’ a través de un análisis del maya yucateco colonial”) nos ofrece una investigación acerca de las enfermedades del cuerpo entre los mayas, que por sus objetivos resulta de gran importancia. Este trabajo es

especialmente interesante por el análisis semántico de las formas de denominar a cada una de las enfermedades desde el punto de vista de los mayas mismos, si bien los contextos en los que aparecen ciertas expresiones resignifica el valor que deben los mayas a los órganos y a los sentidos. Para el objeto, buscó apoyo en varios diccionarios, fuentes históricas y etnográficas ; sin embargo, no se entiende por qué soslayó el diccionario compuesto por Alfredo Barrera Vázquez y asociados⁵⁾. Por desgracia, nuestro autor, aunque menciona para ciertos casos las implicaciones religiosas de las enfermedades, no las analiza con profundidad. Así, por ejemplo, dice que en el caso de las diarreas los mayas actuales, entre otras explicaciones, las achacan a “la mala digestión y a ‘los vientos’. Creen que la primera [de éstas] se origina en comer cosas malas o por la mala posición del órgano que se llama *cirro* o *tippté*” (p. 124), o bien al “comer algo malo en determinado tiempo o clima” (ibidem), pero no va más allá. Yoshida agrega que, “En cuanto a *tippté*, no podemos encontrar una descripción explícita sobre diarrea, aunque es registrada como una ‘ventosidad’ (enfermedad)” (ibidem). En este caso particular, llama la atención que aun cuando acota un estudio de Alfonso Villa Rojas (1980), no se apoye en este autor para conocer las creencias que existen entorno el *tipté* (grafía de Villa Rojas), en la larga disertación que tiene acerca del particular⁶⁾.

Al trabajo de Yoshida sigue uno relativo al ciclo anual de las fiestas en Quintana Roo (“El ciclo anual de vida de los mayas de Quintana Roo : una investigación de campo en el archivo”) cuya información, el autor de este trabajo, Joji Hatsutani, recuperó en los archivos locales y detectó la relación que guardaban estas celebraciones con el corte de chicle, por lo menos hasta la década de los ochenta del pasado siglo. En efecto, apunta que dado que la temporada de la recolección de este producto “no coincide con la siembra [de las milpas] ni con las fiestas tradicionales” (p. 146), resultaba bueno para

la empresa capitalista y para los indígenas, ya que los tiempos de unos y otros no se contraponían. Esta idea le refuerza su planteamiento original : “el capitalismo no causa necesariamente la destrucción de la sociedad comunal” (p. 137). Así exhibe ejemplos de las fincas cafetaleras de Chiapas y, más aún, le parece interesante que “una empresa capitalista [de Quintana Roo] logró desarrollarse basándose en la coexistencia con las comunidades indígenas” (ibidem).

Lo curioso es que Hatsutani parece no haberse dado cuenta que el desarrollo de tales empresas se basó en la explotación de la mano de obra de los indígenas y en las tierras que originalmente pertenecieron a ellos. En efecto, cuando Venustiano Carranza “premió” con el grado de General a Francisco May, uno de los jefes *Cruzoob*, y le otorgó el permiso para la explotación del chicle en 1917, sólo buscaba un aliado sin importarle la historia que había detrás. Una lamentable forma de estudiar antropológicamente un fenómeno de explotación de la mano de obra barata sin detectarlo, toda vez que el autor no se interesó por conocer, o no se dio cuenta, que ésta y aquéllas fueron las verdaderas causas que dieron origen a la empresa capitalista. Tan no lo vio, que orgullosamente concluye que en este estudio se muestra cómo se da el “desarrollo de una industria basándose en la convivencia con comunidades indígenas”; un ejemplo del “desarrollo armonioso de la industria chiclera y los mayas estudiados” (p. 148).

En otro orden de ideas, el análisis de la forma como se llevaron a cabo las elecciones presidenciales y locales en Guatemala dan pie a Junji Koizumi (“Etnicidad y Estado nacional en Huehuetenango, Guatemala : el resultado de las elecciones y el problema del nacionalismo comunal”) para exhibir un panorama de los cambios sociopolíticos y económicos que tuvieron lugar en un supuesto municipio indígena (*mam*) al sur del Departamento de Huehuetenango. El análisis de los resultados, junto con otras observaciones,

indica que las presidenciales no tienen la importancia que tienen las de autoridades locales que son cuestión de vida o muerte, y cómo, esto parecería ser el reflejo de un nacionalismo de etnia, que no de Estado, aunque parece estar presente un sentimiento de nacionalismo de la comuna. Sin embargo, el primero se encuentra “entre los sectores indígenas ; específicamente entre los intelectuales mayas” (p. 171), pero es débil en el interior de la etnia, o por lo menos en el Departamento de Huehuetenango casi no existe. Ahí, aunque el nacionalismo de Estado está presente, “en la mayoría de los casos, es débil y a veces está prácticamente ausente” (p. 170). Lo anterior, aparentemente, es resultado del proceso migratorio que se da en la actualidad. En efecto, la migración temporal que en el siglo XIX se daba hacia las fincas cafetaleras de las tierras bajas de Guatemala, desde los ochenta del siglo XX ha dado un viraje hacia los Estados Unidos.

En este fenómeno, apunta Koizumi, el Estado guatemalteco ha quedado al margen, toda vez que se trata de movimientos migratorios ilegales. Y no es para menos, de acuerdo con la información recogida por el autor el origen de la migración hacia el exterior parece encontrarse en la violencia generada por el Estado que obligó a muchos habitantes de Huehuetenango a refugiarse en México y, posteriormente, en Estados Unidos. Este proceso ha dado lugar no sólo a una considerable entrada de divisas, sino a “la adquisición de tierras y el comienzo de la expansión de la producción de café por la gente de la misma comunidad” (p. 173), que en buena medida ya participan en la economía internacional por la exportación de este grano. Los puntos analizados por el autor son bastante claros y se discuten con objetividad para exhibir una supuesta ausencia de un Estado nacional, que es sustituido por una “nación comunal”.

Desafortunadamente, las cuestiones relacionadas con la violencia política ha sido una constante en los países de América Latina : México,

Argentina, Chile, Uruguay, por no citar más que aquéllos en los cuales la “Guerra Sucia” fraccionó la sociedad. Algunos de esos estados se han recuperado ; pero, otros, como es el caso mexicano, se enfrentan todavía a una sociedad dividida, con un gobierno incapaz de cohesionarla. Por desgracia, Guatemala no escapa a ese fenómeno, pues la violencia ha estado a la orden del día, mucho más agudizada en la segunda mitad del siglo XX. De esta suerte, Mitsuo Ikeda (“Reflexiones sobre la violencia política y la antropología : la actualidad guatemalteca”) ha hecho un interesante trabajo antropológico acerca de las complejas experiencias de la guerra civil guatemalteca ocurrida entre las décadas de los sesenta a los noventa de dicha centuria. Lo hizo a partir del concepto de “violencia política [que] deriva de la teoría del poder” exhibido por Hannah Arendt (p. 181), cuya carga simbólica ha sido ignorada por otras ciencias sociales. Nuestro autor aborda su análisis desde una perspectiva sociológica “que permita dialogar con los protagonistas, y de alguna manera con la violencia, mediante el análisis de la «cultura del miedo»” (ibidem), cuya conceptualización se reduce a una explicación esencialista emanada de un contexto particular que ilustra con una serie de casos. Apunta Ikeda, que “la violencia administrada por el Estado...es simplemente una expresión representativa del poder estatal” (p. 183), ejercido a través del terror, ya por las milicias, ya por medio del ejército, mayormente el de la fuerza especial que constituyeron los desalmados *kaibiles*. Sin duda, este estudio merece una larga reflexión, por tratarse de un ejemplo de análisis antropológico que, en buena medida, debería ser abordado por especialistas de otros países de América Latina, tan necesitados de este tipo de investigaciones.

En una dinámica diferente, pero no menos importante, es la investigación de antropología aplicada llevada a cabo por Motoi Suzuki (“¿Cómo apreciar las organizaciones mayas en Yucatán? Un dilema para la

Antropología del desarrollo”), que cobijó una eventual cooperación de apoyo nipón a un grupo étnico a través de una organización civil. De esta manera, Suzuki aplicó un enfoque de la “antropología del desarrollo”, tan cara a los países capitalistas, Japón entre ellos. No es raro por lo tanto, que lo hubiera insertado en un anacronismo histórico-cultural como es el concepto de Mesoamérica⁷⁾. Nuestro autor, para el objeto, lo hizo por medio del estudio de una organización yucateca de corte étnico, la llamada “Alianza Maya”, en la que detecta cinco formas de auto-representación. Sin duda se trata de un estudio bastante serio desde la perspectiva del autor, pues de entrada se deja arrastrar por esta organización (véase su nota 2, p. 212), cuyo presidente “se cree” descendiente directo de la dinastía Xiu, una de sus formas de auto-representación. Sin embargo, ésta contradice aquella relativa al concepto de Tierra Maya que tiene dicha organización, toda vez que incluye a indígenas y mestizos en una “alianza de identidad” para insertarse de lleno en la lucha política de Yucatán apoyando al partido en el poder⁸⁾.

Ahora bien, en otra auto-representación detectada por Suzuki, se destaca la vigencia de “una milenaria herencia de la civilización maya en este tipo de organizaciones”. De esta manera, anota que si bien no hay suficiente información de los bailes y canciones prehispánicos yucatecos, “Tanto los sitios como el contenido de los actos ceremoniales revelan el fuerte interés de la Alianza Maya en apropiarse de los elementos de la antigua civilización maya de tal manera que ellos puedan presentarse como los genuinos representantes étnicos de los mayas contemporáneos” (p. 216). Aunque al final de su investigación Suzuki se enfrentó a dos dilemas: uno de orden práctico y el otro cognitivo; este último me parece importante, ya que entró en una contradicción de su deber como antropólogo, “entender la Alianza Maya sin emitir juicio de valor alguno —relativismo cultural obliga— y la

necesidad de evaluarla para que el pueblo japonés pudiese juzgar de la pertinencia de una eventual cooperación con ella” (p. 212) ; lo cual, al final lo condujo a renunciar al estudio de la Alianza Maya. Sin duda un trabajo muy interesante, que tiene valor para las investigaciones antropológicas que se llevan a cabo entre los mayas de la Península de Yucatán desde cualquier perspectiva.

Por fin, Kazuyasu Ochiai cierra este volumen con su estudio del espacio-tiempo, del ser y del tiempo entre los mayas (“El ser y el tiempo entre los mayas. ‘Un trompo no se cae mientras siga girando’”). Este texto es resultado de sus muchas experiencias y conocimientos que ha obtenido en una región en la cual ha llevado a cabo numerosas investigaciones desde finales de los años setenta del siglo XX. Lo hace argumentando el valor de su enfoque en la diferenciación que establece entre *la cultura de lo duradero* (instrumental de piedra, barro, etc.) y *la cultura de lo perecedero* (textiles, el simbolismo, etc.). En efecto, Ochiai encuentra en la segunda forma, *la cultura de lo perecedero*, una clara continuidad desde la época prehispánica con las implicaciones propias del contexto histórico, como consecuencia de la dinámica cultural y sus transformaciones dentro del discurso antropológico constructivista. Un trabajo en el cual el trabajo de los textiles, el análisis de la narrativa indígena y de su cosmología, le permiten hilar de manera fina su discurso final.

Me parece que la prosa de Ochiai, como la de prácticamente todos los autores, facilita la lectura de un volumen escrito por especialistas y pensado para sus pares, no deja de ser una recomendación para un público más amplio que desconoce muchas de las particularidades de esta cultura. De ahí que si bien por un lado celebro la aparición de este volumen en el cual Ochiai reunió diez importantes trabajos ; por otro, amistad obliga, lamento que no hubiera completado la información bibliográfica en algunos trabajos o

includi do un buen mapa del área maya en su presentación. No voy a detenerme en la crítica de tan gran olvido, pero es obvio que hasta los especialistas tienen necesidad de esta herramienta de elemental consideración.

San Pablo Tepetlapa

Febrero de 2007

* Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México

Notas

- 1) Véase su bibliografía.
- 2) México, UNAM, (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 71); reproducido en 1980, en el volumen *Literatura Maya*, compilado por Mercedes de la Garza; Venezuela (Biblioteca Ayacucho).
- 3) México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas, 1975 (Serie Cuadernos del CEM, núm. 12).
- 4) México, UNAM, 1974.
- 5) *Diccionario maya Cordemex. Maya-español y español-maya* (Mérida: Ediciones Cordemex, 1980).
- 6) “La imagen del cuerpo humano según los mayas de Yucatán,” en *Anales de Antropología* (México: UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas), vol. XVII, pp. 31-46.
- 7) La definición del concepto Mesoamérica, que comprendía gran parte de México y de América Central, tiene que ver con la historia prehispánica, de tal suerte que después de la Conquista dejó de existir como una área geográfico-cultural. Sin embargo, no es el único autor que utiliza tal “expansión temporal del concepto”, que tiene visos de colonialismo. Véanse algunos trabajos en M. Montes de Oca (ed.), *La metáfora en Mesoamérica* (México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Seminario de Lenguas Indígenas, 2004).
- 8) Este estudio corresponde a la época en que Yucatán era gobernado por el PRI (Partido Revolucionario Institucional), que cayó en desgracia cuando tomó el poder el Partido Acción Nacional (PAN), de corte derechista y ultraconservador.